

el «Soneto a Cervantes», dedicado a Ricardo León, la «Oda a Roosevelt» y algunos artículos. En *Helios* figuran incondicionales elogios a la obra poética de Rubén; en una nota de la sección «Glosario», correspondiente al número de febrero de 1904, y escrita por Juan Ramón Jiménez, se lee: «La gente sigue ignorando quién es Rubén Darío. Rubén Darío es el poeta más grande que hoy tiene España, grande en todos los sentidos; aun en el de poeta menor. Desde Zorrilla nadie ha cantado de esta manera... Este maestro moderno es genial; es grande, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, violetas de Bécquer, flautas de Verlaine y su corazón español. Vosotros no sabéis, imbéciles, cómo canta este poeta» (18). En *Helios*, Martínez Sierra emitió favorable juicio de la obra *La caravana pasa*, de Rubén, y el propio Juan Ramón Jiménez del libro *Peregrinaciones*. Rubén Darío correspondió a este fervor que por su obra mostraron los editores de la revista haciendo de ella este elogio: «es lo más brillante que hoy tiene la prensa española. Todos los redactores, cosa rara, valen». Si en *Vida Nueva* y *Revista Nueva*, en *Electra* y *Alma Española*, Rubén Darío compartió afanes literarios con los escritores de la promoción de la Regencia, en *Helios*, como antes en *La Vida Literaria*, y poco después en *El Nuevo Mercurio* y *Renacimiento*, convive con los poetas de la generación de 1886, de quienes se consideró, y no sin razón, inspirador y maestro.

En *Renacimiento*, la gran revista del modernismo, gobernada por Gregorio Martínez Sierra, no faltó la colaboración de Rubén Darío; en esta revista vuelve a encontrarse con los poetas jóvenes: Antonio y Manuel Machado, Marquina y Martínez Sierra, Juan Ramón Jiménez, Díez Canedo y Andrés González-Blanco; también con Benavente, Salvador Rueda y Villaespesa, entre otros. En *Renacimiento* se publicó el estudio sobre Rubén de Elysió de Carvallo y Antonio Machado dio a conocer su elogio «Al maestro Rubén Darío», que tuvo por respuesta la famosa «Oración» de Rubén, la que concluye con los versos:

*Montado en un raro Pegaso
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.*

El empeño manifestado por los escritores jóvenes en conseguir la colaboración de Rubén Darío en sus empresas literarias fue correspondido con el interés mostrado pocos años después, en 1911, por Rubén

(18) En una de las cartas a Rubén de Juan Ramón Jiménez, buscando su colaboración para *Helios*, dice quien la firma: «creo que usted es el primer poeta de los que hoy escriben en castellano y con una gran superioridad sobre todos».

en vincular a varios escritores españoles a *Mundial Magazine*, la revista que él dirigía en París.

De la aproximación a España, evidente en la vida de Rubén Darío desde 1899, a la que le ligaron lazos afectivos que aquí no pueden ser tema de comentario, atestiguan, con los datos aducidos, el que fuesen editoriales de Madrid y Barcelona las encargadas de difundir su labor de escritor. En 1899 el editor madrileño Rodríguez Serra publica su folleto *Castelar*; en 1905, la Casa Maucci, de Barcelona, reimprime *Los raros*, y dos años después la editorial, también barcelonesa, de Francisco Granada reedita *Azul...*, encabezándose su texto con el juicio que de esta obra emitió, en su día, Juan Valera. *Tierras solares* fue impresa en Madrid, en 1904, en la Biblioteca Nacional y Extranjera, empresa editora de Leonardo Williams. En 1905, y asimismo en Madrid, aparece la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*, habiendo cuidado su impresión Juan Ramón Jiménez; en años sucesivos aparecen, editadas por la librería madrileña de Fernando Fe, *Opiniones* (1906) y *Parisiana* (1908). La edición de *El canto errante*, que Rubén Darío dedicó «a los Nuevos Poetas de las Españas», la hizo, en 1907, la Casa Pérez Villavicencio, apareciendo en su «Biblioteca Nueva de Escritores Españoles», cuya asesoría literaria estaba encomendada a Alberto Insúa; en la impresión de esta obra intervinieron Martínez Sierra y Valle-Inclán, este último al gestionar, sin resultado, la edición del libro en la imprenta de Pueyo. La Biblioteca de la revista *Ateneo*, dirigida por Mariano Miguel de Val, editó de Rubén Darío *El viaje a Nicaragua* (1909), el folleto *Alfonso XIII* (1909) y *Poema del otoño y otros poemas* (1910). En 1914, la «Biblioteca Corona», que fundaron Enrique de Mesa y Ramón Pérez de Ayala, publica el *Canto a la Argentina*; el mismo año aparece en esta colección la obra *Muy siglo XVIII*, y en 1915 la titulada *Muy antiguo y muy moderno*. En los primeros años del siglo se publicaron en París *España contemporánea* y *Peregrinaciones*, obras ambas impresas en 1901, *La caravana pasa* (1903) y la *Oda a Mitre* (1906).

En España se realizan las ediciones de *Obras completas*, de Rubén Darío; la primera, que es aún sólo de *Obras escogidas*, fue impresa por la Editorial Sucesores de Hernando, de Madrid, en 1910; de sus tres volúmenes, el primero recoge un amplio estudio crítico de Andrés González-Blanco. La Editorial Mundo Latino publicó entre 1917 y 1919 una colección de *Obras completas*, de Rubén Darío, en veintidós volúmenes, a la que puso prólogo Alberto Ghirardo; en 1921 la Editorial Renacimiento, titulándola «Biblioteca de Rubén Darío, hijo», inició la impresión de una nueva *Opera omnia*, publicando de ella siete volúmenes: dos años más tarde, la misma empresa editora realiza otra

impresión de *Obras completas*, ordenada por Alberto Ghirardo y Andrés González-Blanco; la edición concluye en 1929 y totaliza veintiún volúmenes.

RECUERDOS PERSONALES

En lo que antecede quedan hechas diversas alusiones, y citados los textos que las confirman, a los recuerdos que de sus estancias en España ofrecen, en el cuerpo de sus obras, varios escritores que en Madrid trataron a Rubén Darío. Desde 1899 Rubén Darío anudó amistad con Valle-Inclán, y a probarlo acuden el «Soneto Autumnal al Marqués de Bradomín», firmado por Rubén y que figura al frente de la *Sonata de Primavera* (1904); de Rubén, y retrato poético de Valle-Inclán, es el famoso soneto que comienza con el verso «Este gran don Ramón, de las barbas de chivo», y suya es, por último, la «Balada laudatoria que envía al Autor el Alto Poeta Rubén», con la que se encabeza la obra de Valle-Inclán *Voces de gesta* (1912). En un artículo reproducido en su obra *Leyendo a los poetas*, y en un capítulo del libro *Madrid* (19), *Azorín* recuerda la visita que hizo a Rubén Darío en Asturias, en San Esteban de Pravia, adonde acudió acompañado por Ramón Pérez de Ayala; en el artículo, fechado a 27 de enero de 1914, titulado, escuetamente, «Rubén Darío», escribe *Azorín*: «Tres poetas ha habido en España modernamente: dos de lengua catalana, uno de lengua castellana. Los catalanes son Verdaguer y Maragall; el castellano, Rubén Darío»; «a él, añade, se debe una de las más grandes y fecundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria», y sigue, completando este juicio crítico: «Tres son los poetas que vemos en Rubén. Uno es el primitivo, el que pudiéramos llamar *versallesco*, el de Colombina, el de Pierrot, el de los refinamientos sutiles y triviales. Otro es el de los poemas y cantatas heroicas: Roosevelt, Colón, Don Quijote, la América precolombina, etc. El tercero es el poeta de la tristeza íntima —íntima e inconsciente—, de las confidencias, de las tribulaciones, del rodar perdurablemente por el mundo. De todos estos poetas, el que preferimos es el último. Rubén Darío ha llegado en las poesías de esta última manera a un grado supremo de trascendencia y de sensibilidad»; para confirmar este juicio *Azorín* recuerda los textos poéticos de Rubén titulados «Lo fatal», «Canción de otoño en primavera» y «Then».

Importante es la opinión que de Rubén Darío elaboró Unamuno; de la amistad entre ambos quedan testimonios epistolares. En varias

(19) AZORÍN: «Rubén Darío». *Leyendo a los poetas*, *Obras completas*, VII, 802-06. Madrid, 1948. *Ibíd.*, Madrid, cap. XI, *Obras completas*, VI, 211-13. Madrid, 1948.

ocasiones Miguel de Unamuno expuso su juicio sobre la personalidad humana y la obra de Rubén (20), quien por su parte fue la primera voz autorizada que elogió la labor poética de Unamuno (21). En el primero de los dos artículos que Miguel de Unamuno escribió a la muerte de Rubén, el publicado en el diario argentino *La Nación*, Unamuno muestra preferencia, de su obra poética, por los versos más íntimos y suyos, que no son, advierte, los que recitan y gustan «los jóvenes modernistas, más o menos melencólicos»; aludiendo ahora al hombre que fue el poeta, añade: «Darío no era apasionado. Era más bien sensual; sensual y sensitivo. No era la suya un alma de estepa caldeada, seca y ardiente. Era más bien húmeda y lánguida, como el Trópico en que naciera. Y muy infantil», rasgos temperamentales estos, puntualiza, que ayudan a entender por qué entre ambos no llegó a fraguar una verdadera compenetración, pues nunca dejaron de sentirse extraños: «yo debía parecerle a él duro y hosco; él me parecía a mí sobrado comprensivo». En su artículo «Hay que ser justo y bueno, Rubén!», tras dolerse de la frase despectiva por él pronunciada un día y que tuvo como réplica una sincera y noble carta de Rubén, fechada a 5 de septiembre de 1907, Unamuno ahonda, como a él gustaba hacer, en la humanidad de Rubén Darío, en su intimidad, y luego de hablar del hombre, refiriéndose ahora a su obra, escribe: «Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él utilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído».

De su relación con los poetas de la generación de 1886, aquellos, recuérdese, sobre los que Rubén confesó haber ejercido influjo, quedan también testimonios escritos muy valiosos para quien pretenda rehacer la personalidad de Rubén Darío. El más rico en pormenores es el que

(20) UNAMUNO dedicó a Rubén su artículo «Sobre la literatura hispano-americana» (*La Nación*, Buenos Aires, 19, V, 1899); en 1901, en *La Lectura*, enjuició el libro *España contemporánea*. Con ocasión de la muerte de Rubén Darío, escribió MIGUEL DE UNAMUNO dos amplios artículos; el primero: «De la correspondencia de Rubén Darío», apareció en *La Nación*, de Buenos Aires (10-V-1916), y se reproduce en las *Obras completas*, de UNAMUNO (VIII, 531-41. Madrid, 1958); el segundo: «¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!», lo publicó la revista madrileña *Summa*, en su número de 15 de marzo de 1916 (*Obras completas*, de UNAMUNO, VIII, 518-23). Este último artículo constituyó pieza capital del homenaje que a Rubén Darío ofreció la revista *Summa* en dicho número, y en el que colaboraron, entre otros, JOSÉ CARNER, BERNARDO G. DE CANDAMO, SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA y MANUEL MACHADO, este último con su soneto «Épitafo».

(21) «Unamuno, poeta»; *La Nación*, Buenos Aires, 2-V-1909; este artículo, luego incluido en el volumen *Semblanzas* (1912), lo utilizó UNAMUNO para prologar su obra *Teresa* (1924).